

La consciencia simbólica como apertura en el conocimiento del mundo

Perfiles de la Hermenéutica Analógica

Myriam García Piedras

La presente expone cómo la racionalidad de la modernidad “cientificista” fue acotando (paulatinamente) la explicación del mundo a modelos lógicos-sintácticos y unívocos, negando el acceso a otras regiones del ser. Se pretende mostrar cómo el lenguaje simbólico puede revelarnos otras formas de pensar y de vivir, ya que tiene la capacidad de romper con el cierre del discurso univocista.

Gran parte del pensamiento de la modernidad occidental glorificó el reino de la razón moderna como principio epistemológico en la explicación del mundo. Uno de sus principales precursores fue Descartes, quien escribió: “He dicho muchas veces que, con el nombre de idea, designaba yo que la razón misma nos hace conocer, así como también todas las demás cosas que concebimos, sea cual fuere el modo como las concebimos”.¹ Así el mundo se explica por la razón cartesiana, instaurándose la razón moderna: “nada existe sin razón”.

Por lo que el cartesianismo se adjudica una especie de teoría representacionista de corte racionalista, donde la certeza es incuestionable mediante el uso de la razón. A pesar de encontrar en la idea de un Dios engañador como una premisa irrefutable de su propia existencia, el pensamiento racional es incuestionable mientras el sujeto sea una substancia que <<se piensa a sí misma>>, encontrando su existencia en el pensar. La existencia del sujeto reside en la acción del pensamiento. Por lo que el criterio de certeza es meramente formal, se explica el mundo mediante las representaciones racionales de los objetos reales. Lo que implica que el conocimiento del mundo reside en las representaciones de la razón, a lo que él le llama ideas.

El sujeto tiene conocimiento del mundo mediante las representaciones de la razón moderna. Todo lo que es representado por dicha razón tiene validez de conocimiento y todo lo que no se puede representar no se puede conocer, negando “otras regiones del ser”. Por eso se da primacía al estudio de lo evidente que se adecue al desarrollo de la razón y de las pretensiones de certeza que la razón moderna pueda edificar. Alejandro Llano escribe al respecto:

¹ . Descartes René, *Meditaciones Metafísicas con objeciones y respuestas*. Alfaguara, Madrid 1977. p150.

Cuando el imperio de la representación —en sentido moderno- se enseñorea de todos los ámbitos de la realidad, pierden relieve las articulaciones y distinciones más radicales de la tradición filosófica, por la fundamental razón de que todas las cosas que conocemos, las conocemos en tanto que están representadas. De lo que no está representado ante la mente nada podemos decir, porque, en el momento en que intentáramos hablar sobre ello, ya lo estaríamos representando. Éste es el llamado “principio de inmanencia” que conduce desde el representacionismo hasta el idealismo.²

Por lo que surge la pregunta obligada: ¿sólo existe lo que se puede representar? ¿para qué algo sea real se necesita adecuar a la inmanencia representativa de la razón moderna?

Lo anterior puede ser muy riesgoso, ya que puede inducir a dar por hecho la “pre-existencia de un mundo de representaciones meramente formales” y la razón moderna es la única que tiene la capacidad de descifrar a éstas mediante representaciones lógicas y matemáticas, conllevando a acotar la explicación del mundo, teniendo el peligro de que las formas de pensamiento se reduzcan a lógicas univocistas.

A partir del *cogito cartesiano* el mundo se pensará de <<forma clara y distinta>>, desde las representaciones de la razón, encontrando en Kant los modelos matemáticos como las representaciones más próximas a formular los juicios de verdad, encontrando su punto álgido en la Filosofía Analítica. Tal vez y por eso las ciencias formales tienen mayor <<validez>> como modelos verdaderos en la explicación del mundo. Y tal vez las ciencias y las disciplinas que no cuentan con la rigurosidad de la certeza verificable, se han topado con un cierto desdén ante los ojos de la ciencia moderna como es el caso del arte, la filosofía, la música, la religión, la mística etcétera; esto es palpable cuando se ensalza a la razón moderna como el principio fundante en las enunciaciones unívocas de corte lógico-matemático y sintáctico mientras que los discursos poéticos, artísticos, religiosos, simbólicos, filosóficos son desdeñados por no fundarse en una explicación clara y distinta del mundo.

El pensamiento de la racionalidad moderna gradualmente fue objetivando a la naturaleza y al hombre en la medida que los convirtió en meras representaciones cuantitativas que se traducen en representaciones matemáticas y científicas, lo que permitió el control de estos mediante los modelos de abstracción y de universalización del conocimiento. Surge la pregunta: ¿cómo salir de este cierre del discurso? Encuentro en el lenguaje simbólico una condición de posibilidad que transgrede dicho lenguaje. Ya que el símbolo mira más allá de las representaciones univocas y permite

² . Llano Alejandro, *El representacionismo racionalista* en “El enigma de la representación”, Síntesis, España 1999. p.185.

ir más allá de lo evidente. Los entes del mundo son representados por el lenguaje simbólico, conectando la parte sensible con la parte inteligible del ser.

Para Nicol, el ser humano es un ser expresivo y el símbolo es la encarnación de dicha expresividad humana. El símbolo representa lo real, lo que le ayuda a conservar un vestigio de la realidad primigenia; en sí mismo contiene la huella del origen. Para él contiene tanto lo más singular-concreto como lo más abstracto-universal ó viceversa, por lo que traspasa el representacionismo en sí mismo. “El símbolo remite a <<otro algo>> diferente. Pero hay diferencias en la diferencia (...) la diferencia que hay entre estos dos puede calificarse como una mismidad esencial. La relación simbólica es dialéctica, porque <<ese otro>> que es el yo ajeno, no es ajeno, sino parte del yo mismo”.³ – añadiría yo- aparte de que la relación simbólica es dialéctica también es relación analógica. ¿Qué quiero decir con esto?

Un mismo símbolo tiene la potencialidad de asociarse, conjuntarse con más de dos símbolos a la manera de un tejido ontológico. Y es la analogía la que permite esta especie de constelación simbólica.

Un símbolo no se agota en definiciones binarias, ni en términos de contradicción y dualidad: muerte/vida, madre/amante, razón/sentimiento, día/noche, frío/calor, etcétera, etcétera si no se hace acompañar por la analogía, la que permite conjuntar tanto las semejanzas como las diferencias.

La analogía tiene la potencialidad de predicar sobre distintos entes, dicho predicado puede ser una misma palabra con significados distintos y a la vez semejantes. Los significados semejantes ocupan en la analogía un lugar intermedio entre la univocidad (aplicación de la misma palabra a distintos entes con el mismo significado) y la equivocidad (aplicación de la misma palabra a distintos entes con significados completamente diferentes), permitiendo que coincidan en algo y no en todo y también difieran en algo y no en todo. Los procesos hermenéuticos del símbolo se dan (paradójicamente) de forma asociativa y disociativa, conllevando a niveles paradigmáticos del conocimiento, en donde no se agota en una única representación de “algo”. Así la asociación analógica conecta la parte con el todo y el todo con la parte. Un mismo símbolo tiene diversos significantes, permitiendo ahondar en la profundidad de su conocimiento, más allá de lo meramente aparente y unívoco y son

³ . Para Nicol esto es posible, gracias la relación simbólica que es dialéctica. Sin embargo, la dialéctica tiende más hacia el pensamiento dicotómico ya que descansa sobre la lógica binaria: tesis/antítesis, teniendo el riesgo de permanecer en dicho estadio, mientras la analogía tiene la capacidad de conjuntar en la medida de lo posible a la mayor número de diversidad, ya que busca tanto lo igual como lo diferente, uniéndose en la mismidad de lo diverso.

las relaciones analógicas la que hacen posible estas asociaciones.⁴ Beuchot piensa que la interpretación del símbolo es la “no repetición de lo idéntico”, como una especie del “eterno retorno de lo análogo”, debido que el símbolo al tener una sobrecarga de sentido, nunca se puede interpretar de la misma forma, ya que cada acto interpretativo es la interpretación de lo diverso que contiene un mismo símbolo como especie de palimpsesto que nunca termina de inscribirse, escribirse y por ende de narrarse y vivirse.

El símbolo es una forma de romper con los lenguajes univocistas sin dejar de ser racional, simplemente es otro lado de lo que entendemos por razón. Es otro camino de acceso al ser, más bien toca la parte sensible de él como lo entiende Olive Puig; trascendiendo el conocimiento a meras representaciones lógicas. Siguiendo a Beuchot, él piensa que la analogía se avoca más a lo equívoco que a lo unívoco mediado por la idea de proporción analógica, la cual busca encontrar las relaciones más que las similitudes ó semejanzas, permitiendo correlacionar más de dos entes simbolizados.

Retomando a Nicol, entiende cómo la relación simbólica es una relación dialéctica en la medida que la subjetividad de cada consciencia se reconoce a sí misma en la diferencia de lo otro, lo otro simbolizado, que a su vez permite el reconocimiento y descubrimiento de cada subjetividad en la diferencia, pero una diferencia que se conecta por una empatía analógica, sin caer en una incomunicación inconmensurable, ya que cada “interioridad subjetividad” se reconoce a sí misma en el descubrimiento de lo otro y viceversa dialécticamente. Lo que implica no volver a caer en racionalismos ni idealismos trascendentales, ya que la epistemología del símbolo es procesual. El símbolo nos invita a abrirnos hacia el mundo, es apertura hacia fuera y a la vez abertura hacia nuestra propia interioridad. Así, la vivencia e interpretación de los símbolos sólo es posible cuando el sujeto esté abierto a ser tocado por estos. Ya Mearleau-Ponty, pensó que el símbolo es la revelación que acontece en la comprensión subjetiva de cada consciencia, develando el conocimiento del mundo a la vez que tiene la capacidad de tocar la “intimidad” de cada subjetividad, teniendo la potencialidad de transformar a quien toca. La racionalidad, la sensibilidad y la expresividad se encarnan en las representaciones simbólicas.

⁴ Paradójicamente el símbolo se limita a su propia significación, pero no se limita a las múltiples interpretaciones de un mismo ente.

Por ejemplo, si una persona mira, siente y toca una hoja (experiencia fenomenal) y va más allá, interpretando algún de sus simbolismos que representan dicha y prosperidad, entonces ya no verá a la hoja cómo “algo ahí”, si no conllevará una apertura a su consciencia simbólica en la medida que comprenda los significados simbólicos de la hoja. A su vez puede conectar el símbolo de la hoja con el símbolo del ramillete del cual surge. El ramillete simboliza la colectividad y la unidad al mismo tiempo, por lo que se puede comprender que para que exista la colectividad (símbolo del ramillete) se necesita de la dicha y de la prosperidad (símbolo de la hoja). Tal vez y conociendo los simbolismos de la hoja y del ramillete podamos tener una comprensión más profunda de éstos y no sólo los entendamos cómo meras representaciones taxonómicas y botánicas que muchas veces no nos dice nada a nuestra propia existencia. Pudiésemos seguir entretrejiendo estos símbolos con otros; por ejemplo, el símbolo del árbol se puede conectar con el símbolo de las raíces, y éste con el de la tierra y así sucesivamente, trenzando una especie de constelación simbólica, la cual nos puede mostrar cómo cada parte tiene una conexión con el todo y el todo con la parte, aunque muchas veces no sea tan evidente dichas relaciones. Es a lo que me refiero cuando hablo sobre la epistemología del símbolo como proceso. Sin embargo existe un límite en dicho proceso, ya que tiene el riesgo de irse al infinito. El límite está en el símbolo del cuál partió, auspiciándose de la analogía, ya que permite conectar las semejanza como las diferencias a la manera de una estructura rizomática, conectando las partes con el todo.

Ahora bien, el pensamiento simbólico va más allá de la representación de la razón moderna, debido que se apoya en una explicación vertical-paradigmática, implica que tiene la potencialidad de develar los distintos significados de un mismo ente, dándose una interpretación dinámica y no monolítica, sin caer en interpretaciones irracionales ó ilógicas sino va más allá de la explicación de las representaciones univocistas, conduciendo a niveles de trascendencia metafísica, sin perder la parte sensible del ser, mostrando horizontes que están más allá de la razón y de la lógica que han construido gran parte de los lenguajes cientificistas como los únicos criterios de verdad.

El símbolo se erige como constructor de sentido de nuestra experiencia existencial. Se tiene que vivir y no sólo se tiene que pensar ó intelectualizar como ha sucedido con gran parte del conocimiento de la ciencia moderna. Beuchot escribe: El símbolo es una especie de invitación. Es una indicación de camino, pero también una incitación que va incorporada a ella. Suele oponerse el símbolo a la razón [...] Y es que el símbolo sólo puede interpretarse cuando puede, al menos en cierta medida, vivirse.

Cuando el símbolo puede vivirse en cuando puede interpretarse. Por eso hay que tratar de compartirlo.⁵

El símbolo puede tener una especie de potencialidad alquímica, ya que puede transformar a quien toca, devela tanto la parte sensible cómo la parte inteligible y profunda de ser. Por ejemplo, el símbolo oculto de la granada en San Juan de la Cruz, representan sus granos las perfecciones divinas, por lo que sí nuestra consciencia sale al encuentro de dicho simbolismo, entonces podemos aproximarnos a la divinidad mediante el fruto simbolizado, siendo una manifestación epifánica del ser (parte de lo sensible).

Sí comenzáramos a mirar, a tocar, a comprender el mundo desde una consciencia simbólica, tal vez nuestra forma de estar en el mundo pudiese ser más grata, ya que encontraríamos un sentido más profundo a cada ente simbolizado. Esto es posible en la medida que exista la disposición de “estar abiertos al mundo”, dirigido por la intencionalidad de nuestra consciencia simbólica. Aclaro, en nuestros días no se excluye que carezcamos de símbolos, sin embargo echemos un vistazo cuáles son estos. Nos percataremos que se han convertido en meros ídolos, carentes de significados profundos, en donde lo mercantil y el dinero se enarbolan como los “símbolos” de nuestro tiempo.

A manera de reflexión final, pregunto: ¿qué sucedería sí empezáramos a mirar y comprender el mundo desde la consciencia y el lenguaje simbólico? Tal vez los problemas que nos aquejan como humanidad se comenzarían a desvanecer, ya que experimentaríamos la relación intrínseca que existe entre todos los seres y que hemos olvidado. Tal vez pensaríamos el mundo desde sus formas simbólicas y no sólo desde las meras representaciones cuantitativas y monetarias. Y tal vez saldríamos al encuentro de la vida.

⁵. *ibid.* pp. 152-154.

Comentario a “La conciencia simbólica como apertura en el conocimiento del mundo” de la maestra Myriam García

Sebastián Lomelí

Nos pones en una difícil tarea a quienes te escuchamos y a quienes, como yo, nos toca estructurar un comentario. Me pregunto, ante todo, cómo es que consideras tu escrito. Para realiza una evaluación general, pido al auditorio recuerde su objetivo, el cual reza del siguiente modo: *La presente busca exponer cómo la racionalidad de la modernidad ‘cientificista’ fue acartonando (paulatinamente) la explicación del mundo a modelos lógicos-sintácticos y unívocos, negando el acceso a otras regiones del ser. Por lo que el lenguaje simbólico puede mostrarnos otras formas de pensar y vivir, teniendo la capacidad de romper con este cierre del discurso.* Lo primero que quiero preguntar al respecto, porque esto ya se ha hecho un lugar común en nuestra hermenéutica, es si la finalidad de la reflexión y la interpretación es la búsqueda de “otras regiones”, es decir, un aumento en la cantidad en las nuevas modalidades o perspectivas, o en aquello que en cada caso sea designado con “regiones”.

Cabe destacar, que en tu escrito resulta ambiguo si te refieres a “nuevos continentes”, o al fundamento de lo que la conciencia objetiva. Esta ambigüedad, y no en un sentido afortunado, se encuentra en la comparación del ejemplo de la hoja y en la primera definición de símbolo que aportas. Me ocuparé después de tu ejemplo, antes recordemos cómo caracterizaste a lo simbólico: El símbolo, dices, *representa lo real, [el símbolo es] lo que le ayuda a conservar un vestigio de la realidad primigenia; en sí mismo contiene la huella del origen.* Según esta glosa de Nicol, la representación simbólica de lo real rompe con el representacionismo, en tanto el símbolo muestra a la vez lo singular y lo universal, lo concreto y lo abstracto. Pregunto entonces ¿no es esta la condición de posibilidad de la representación, es decir, y pensando en la *Crítica del Juicio*, un principio rector que garantiza el sistema y por tanto asegura que la representación abstracta no traiciona la diversidad de lo real?

Esta pregunta queda pendiente, porque en tu escrito pretendes distanciarte de los argumentos dialécticos implícitos en esta definición, aclarando que el símbolo, antes que jugarse en oposiciones, lo hace en analogías. Esto es obviamente tu as bajo la manga: la analogía. Ella *tiene la potencialidad de predicar sobre distintos entes, dicho predicado puede ser una misma palabra con significados distintos y a la vez semejantes.* Lo siguiente a esta cita habla de la tensión entre lo unívoco y lo equívoco

y terminas con la tesis de que esta predicación analógica culmina con la inagotabilidad de la representación de las cosas. (Tragedia y equivocidad). Lo que es extraño es que tras esta apoteosis de la constelación de representaciones, nos digas en términos dialécticos lo siguiente *La asociación analógica conecta la parte con el todo y el todo con la parte.* (p. 4). El problema de afirmar una organicidad del símbolo provoca, me parece, justo la falta de cierre que afirmas de la analogía. El organismo es lo contrario a la constelación.

Esta confusión es la que permite dar el ejemplo de la hoja y el ramillete. Visto como una totalidad, la hoja refiere al árbol, siguiendo por lo demás una lógica de Lineo más que del símbolo. Si nos ajustamos a la constelación, y a las relaciones poéticas del símbolo, la vinculación con otros símbolos (en dado caso que no sean sólo metáforas o imágenes vinculadas –como en tu ejemplo) depende más de la composición y del gusto. Todo esto circunscrito, claro está, en la verosimilitud del canon y los caminos de su crítica. Así, el ramillete nos podría haber conducido a la falange (ato de flechas), y la falange a la guerra... pero esto es asociación más o menos libre, lo cual no sería un problema si no fuese porque nos dices que estas asociaciones nos devuelven una mayor comprensión, en este caso, del reino vegetal que el dado por la taxonomía botánica, la cual por cierto no coincide con la biología, pero sin duda es la que dirige el camino que has seguido en tu ejemplo.

Si hemos de ser francos, en tu ejemplo, la conciencia obtenida es, antes que de lo botánico, del “reino”. Es decir, no sobre lo comprendido, sino sobre los límites de la comprensión. Ésta es la confusión en tu texto. El conocimiento del símbolo para ti es un conocimiento del mundo, o mejor dicho, de los objetos en el mundo, pero creo que lo implícito en tus definiciones es un conocimiento sobre el habitar el mundo. Sin embargo, y aún a pesar de deshacernos de la primera opción y sólo tomar al símbolo como la representación de la realidad primera, nos queda la pregunta de si esta realidad primera es un fundamento o la donación destinal del ser (extremos en los que ese mueve la hermenéutica). Menciono el problema del fundamento no como una inmediata sospecha antimetafísica contra cualquier discurso, sino porque tu noción de símbolo recuerda a los románticos y a Schelling, en tanto parece que lo simbólico representaría lo infinito. En otras palabras, sostendrías una inversión del platonismo y no una opción crítica a la lógica de la fundamentación. De ser así, habrías traicionado el espíritu de la hermenéutica.

Sobre este punto aún queda mucho por decir respecto a la desafortunada expresión “representación de la realidad primera”. Sería bueno traer a la discusión no sólo el tema de la representación objetiva, el cual has criticado, sino los rastros en el pensamiento por representaciones implícito en tu definición de símbolo. ¿Tiene una referencia el símbolo? ¿Es una imagen de algo “en el mundo”? Mi postura es que ni tiene referencia, ni es representación de algo mundano, y es por ello que resulta ventajoso respecto a los tropos y al lenguaje proposicional. ¿Cuál es tu postura al respecto?

Finalmente quiero preguntarte acerca de las expectativas que tienes del lenguaje simbólico. Puesto que lo has al símbolo entendido como un pensamiento futuro, como una tarea que no ha consumado la hermenéutica analógica, no señalas la injerencia efectiva que las estructuras simbólicas tienen en nuestra conciencia. Por ello es que puedes afirmar que: *Por lo que sí [sic.], comenzáramos a mirar, a comprender desde una conciencia simbólica, tal vez nuestra forma de estar en el mundo pudiese ser más profunda y más “rica” existencialmente. Pero sólo puede ser posible en la medida que exista la disposición de “estar abierto al mundo”, como proceso constante de descubrimiento, en lugar de qué nos digan cómo pensar y cómo vivir, llevándonos a una apropiación del sentido del mundo y de nuestra vida.* (p.6). asimismo, en esta cita no consideras que atenerse a los símbolos, y aún más reconocer las formas arquetípicas, se contraponen a la afirmación del libre pensamiento. Implica, al contrario, admitir un límite y estructuras no subjetivos que dominan el pensamiento. De otro modo la composición simbólica sería ficticia, sin verosimilitud, así como ingenua, como si el hombre pudiese haber robado el fuego de Zeus. En otras palabras, este nuevo pensamiento no desembocaría en algo parecido a la poesía afectada que ve Apolos en todo hombre bello, y árboles en toda idea interesante.

Nos pones en una difícil tarea a quienes te escuchamos y a quienes, como yo, nos toca estructurar un comentario. Me pregunto ante todo cómo es que consideras tu escrito: el símbolo como conocimiento del mundo despierta ante todo la pregunta por el nivel de conocimiento al que te refieres. Y para ello nos das dos pistas: representación de la realidad primera y una crítica al racionalismo univocista. Si abstraemos el problema, me atrevo a decir que lo que está en juego es la representación. Y por ello quiero traer a la mesa la pregunta por aquello que “representa” el símbolo, y por tanto, la referencia de éste. Has criticado la idea de representación, y sin embargo nos dices que el símbolo lo hace y de un modo mucho más fundamental, y agregas que la representación de lo originario es el conocimiento

del mundo. ¿A qué mundo te refieres? ¿En sentido de la práctica, o de los actos de conciencia? Supongo que has prestado en este momento mayor atención a la conciencia, y por ello me atrevo a decir que el mundo como representación es mejor conocido, cuando se atiende a las representaciones originarias. Esta lógica, me parece, depende de la inversión del platonismo propia de los románticos como Schelling. Por ponerle nombre a alguien que, en su teoría del arte, define al símbolo casi en los mismos términos que como lo hace Nicol, si atendemos a tu cita.

Ahora, el símbolo pone en imagen lo que yace en el fondo y que de principio no pertenece a la reducción, en tus palabras “riesgosa” de la realidad. No pretendo que me digas qué es este fondo. Pero sí que se examine la idea realidad original.

Consideras

Confieso que di muchas vueltas sobre el comentario a tu escrito, decidí que lo mejor era preguntarte cómo es que tú consideras.

Lo primero que querría saber es si afirma

A mi parecer, esta metáfora cartográfica sólo reitera el esquema kantiano de la “isla de la razón” rodeada de un oscuro mar. ¿Es este el mar de lo metafísico, o es un mar de lo inconsciente lo que buscamos? Más aún, para describir esta isla acudes a la certeza cartesiana que permite el método, cuyo objetivo es la representación matemática de la realidad. Y su enemigo, los lenguajes simbólicos. Obviemos por el momento la anfibología del símbolo químico y matemáticos para dirigirnos a ese símbolo que tú apuntas. El cual está definido por primera vez como aquello que *representa lo real, [el símbolo es] lo que le ayuda a conservar un vestigio de la realidad primigenia; en sí mismo contiene la huella del origen.* Esta definición depende del concepto de expresividad de Nicol. Según tu glosa.